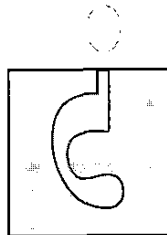
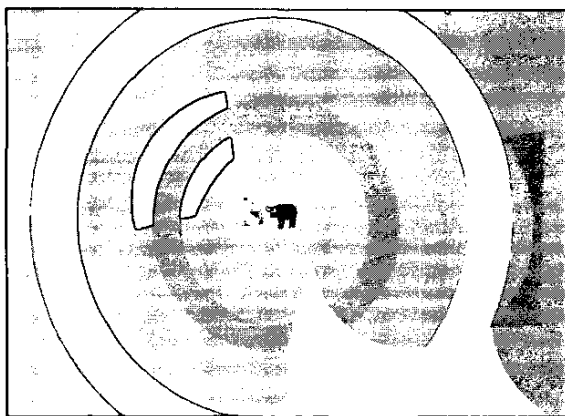


# La luz y el corazón



Oye, Jorge, a dónde vas, cuál es el afán? Solía preguntarle cada vez que me lo encontraba por casualidad, si es que eso existe, en algún pasillo de la Universidad de Cartagena o alguna calle del centro. Entonces él me sonreía como quien acaba de estar allí y ahora debe ir a otra parte y me estrechaba la mano mientras en la otra, casi siempre, sostenía una bebida caliente, de esas que sirven para estar despierto y que, supongo, Jorge tomaba con frecuencia durante el día para mantener la energía y el dulce de la vigilia de sus incontables trabajos.

Uno de esos trabajos era el de asesor cultural de la Universidad de Cartagena en la que dirigía el taller de redacción y periodismo. Precisamente allí lo conocí. Recuerdo haberme inscrito en parte porque creía tener algún talento para escribir, pero sobre todo porque tenía (aún tengo) muchas ganas de aprender a hacerlo. Por eso



PERFILÁNDOSE. Miriam Campos Pardo. Collage 50X60 cms MIA. 2005

desde la primera sesión supe que si mi interés era esculpir la piedra del don de la palabra, había llegado al lugar indicado.

Jorge era inteligente, elocuente, tenaz, eso lo sabíamos todos en el taller de redacción, lo cual justificaba la ausencia de aprehensiones al momento de poner a su consideración nuestros textos. Las críticas que él hacía de ellos eran minuciosas, auscultivas. Esto demostraba el interés y credibilidad que profesaba por nuestro pulso. En ocasiones, cuando de fallas garrafales se trataba, él sabía como darnos ese trago amargo endulzado con un poco de humor, partiendo de la base de que al corregir un error, podía construirse un acierto. En una ciudad como Cartagena, donde las posibilidades de hacer los sueños realidad son tan escasas, conocer y contar con alguien como Jorge para un puñado de jóvenes con ganas de cambiar el mundo como los que a esas reuniones literarias asistíamos, aparte de ser un privilegio, resultaba esperanzador y un vistazo a la fuerza y tesón del que requeríamos si en verdad anhelábamos, como lo hizo Jorge, hacer de la realidad lo más parecido a la idea que de ella teníamos en la cabeza.

¿Oye, Jorge, a dónde vas, cuál es el afán? Volvía a preguntarle cuando iba a visitarlo en su oficina de bienestar. Entonces él me sonreía como quien puede mantener una conversación mientras organiza la agenda cultural de la Universidad y luego me preguntaba por mis cuentos, por mis canciones. Así empezaron la mayoría de las charlas que sostuvimos, en las que me daba cuenta de la generosidad para compartir su talento, su experiencia y sus anécdotas, que no eran pocas y que al hacerme el honor de contarme una, era como si me invitara al patio de su casa a sentarme en una mecedora bajo la sombra gentil del árbol de sus peripecias.

Aunque me habría gustado conocerlo más, creo que le aprendí muchísimo. No solo en las reuniones del taller, sino también las veces que compartimos opiniones sobre cine, música, libros e incluso, cuando en mitad de su premura, yo alcanzaba a intercambiarle un par de frases que por cortas, no dejaban de ser asombrosamente reveladoras. Jorge sabía del trabajo constante y paso seguro, de escarbar hasta encontrar la raíz y de prestar especial atención al germen de las nuevas expresiones para luego combinarlo todo y así forjar lo que como él decía hemos convenido llamar futuro.

¿Oye, Jorge, a dónde vas, cuál es el afán? Me atreví a preguntarle la última vez que lo vi, entonces él me sonrió como quien tiene en mente las fiestas de independencia, el Observatorio del Caribe, el Festival de cine y para mi suerte también ese proyecto de revista que junto a él, otros amigos y yo queríamos sacar desde hacía rato. Después pasó lo que pasó y mi pregunta, si tuviera que responderla, diría que el afán de Jorge era el temor a que el tiempo no alcanzara, el temor a ser echado de menos sin haber hecho de más o al menos todo a su alcance, y el alcance de García Usta para la región, para su familia, para quienes lo conocimos en su vida y obra, llegó lejos, muy lejos.

Desde aquí, donde quiera que estés, te digo, profe, por profeta y profesor, que no te preocupes, que acá siempre habrá alguien que dedique una tarde a recordar la grandeza de tu susurro propicio, porque en cada conversación, cada amistad, cada relato, cada poema, tú seguirás vivo como ese hombre que antes de partir encontró la manera de hacerse inmortal en cada corazón que pudo ver su luz.

\* Juan de Dios Sánchez Jurado  
Estudiante de Derecho  
Universidad de Cartagena